



OSCAR Y LA PRUDENCIA

2º PREMIO DEL CONCURSO “CUENTAME UN CUENTO“ convocado por la DGT

OSCAR Y LA PRUDENCIA

Esta historia transcurre en un bonito pueblo, bueno, eso era antes, ahora es una ciudad, pero para la abuela de Oscar sigue siendo el pueblo donde nacieron sus hijos y sus nietos. Era un pueblo marinero, tranquilo, con su puerto pesquero abrigado tras un gran dique y unas pocas calles estrechas que llevaban por un lado hasta la Playa Grande donde estaba *el Río do mar* y la *Laguna* y por el otro hacia las laderas de una colina verde donde se cultivaban las huertas.

El padre de Oscar, cuando era pequeño, vivía feliz y libre como las gaviotas que vuelan con el viento. Su calle era el patio de todos los vecinos. Cuando por la mañana los niños estaban en la escuela, la calle estaba silenciosa, los perros dormían tranquilos y los mayores charlaban sentados en los bancos al abrigo del viento y miraban la salida de los barcos de pesca. Si llegaba una tormenta, era el viento que, silbando por las esquinas, barría la calle dejándola vacía. Pero cuando los niños salían del “cole”, la calle se transformaba en un campo de fútbol con los árboles que daban sombra a las casas servían de portería y para las chicas, en un gran patio de recreo donde jugaban bajo el portal de la *Casa Vieja*. Sólo se oían las olas del mar, el griterío de los chavales y de las gaviotas y dos veces al día el ruido del motor del coche de línea que aparecía envuelto en una nube de polvo, pitando desde lejos pidiendo paso, aunque a veces tenía que esperar el final de la jugada, por si marcaban un ¡gooooooooo!

El padre de Oscar recordará siempre el día en el que unas enormes máquinas rompieron su campo de fútbol, echando una capa de asfalto negro que olía muy mal y arrancando los árboles para construir unas aceras. A partir de ese día la tranquilidad del pueblo acabó. Había que tener mucho cuidado cuando se salía de casa, la pandilla ya no se podía reunir para jugar y los perros escapaban aterrorizados por el ruido. La calle, ahora más ancha, era como una carretera. El coche de línea ya no paraba, los camiones cargados de pescado pasaban rápidos y los coches pitaban sin parar pidiendo paso. Al año siguiente ya no pudieron ir al colegio andando, tenían que subir a un autobús escolar que tardaba una hora hasta llegar a un colegio muy grande, eso sí con un verdadero campo de fútbol. Estaba bien, pero no era tan divertido porque al salir del “cole” ya no podían jugar como antes.

El padre de Oscar no olvidaría el día que su mamá fue a buscarle por primera vez en coche al colegio, ¡qué sorpresa, un seiscientos de color blanco! Le llevó a dar una vuelta y le dijo que pronto se irían también en coche de vacaciones. ¡Una verdadera aventura!

El tiempo pasó, y el padre de Oscar, ya mayor se fue a estudiar lejos, primero en tren a Barcelona y unos años más tarde en un avión a América. Durante ese tiempo el pueblo se transformó en una ciudad con muchas calles llenas de tráfico y tuvieron que colocar semáforos para permitir cruzar con seguridad a los peatones. Ya no se veía el mar que se escondía detrás de unas casas muy altas, "¡esto es el progreso, decían algunos!

Unos años más tarde nació Oscar y ese día su abuela sonrió de nuevo. Oscar es un niño muy travieso, sus ojos son como dos puntos negros que brillan cuando imagina una pillería. Ahora mismo su abuela lo está buscando, él está escondido y ella no lo ve.

-*Oscar, ¿dónde estas?* Una risita sale de debajo de la mesa y rápido, salta corriendo para abrazarla con tanta fuerza que casi la tira al suelo. Pero su abuela, encantada ríe con él.

- *¡Esos ojos... son como los puntos negros de la carretera, anuncian peligro!*

La abuela de Oscar siempre ha estado muy preocupada por los accidentes de tráfico y Oscar todavía no sabe muy bien por qué.

Sus papás y sus abuelos le enseñan continuamente los peligros de la ciudad. "*Hay que ser muy prudente*", le dice siempre la abuela, pero Oscar no entiende lo que quiere decir. La abuela insistía mucho en lo inconsciente que eran las madres que esperaban con el cochecito en la calzada, pues *eso era un gran peligro porque podía venir un conductor despistado y atropellarlas*; por eso cuando Oscar iba a la guardería, calentito en el "cochecito" empujado por su mamá, cruzaban muchas calles y siempre esperaban en los semáforos hasta que los coches parasen y con el cuidado de aguardar en la acera y no en la calzada, aunque a veces su madre se impacientase por llegar tarde.

Un día le regalaron unos patines y la abuela le compró enseguida unas rodilleras y unos guantes para que no se hiciese daño al caer. Pero se llevó un susto mayor el día que vio a Oscar con una pequeña moto de plástico empujándola con las piernas cuesta abajo por el jardín, entonces le puso un casco y le dijo muy seria: *¡ten cuidado, que sólo tienes una cabeza!*

- *A mi me mola la velocidad*, le contestó, riendo a carcajadas con malicia.

Oscar tiene suerte porque vive en las afueras de la ruidosa ciudad y su colegio está cerca de casa. Todos los días lo recoge la abuela y van dando un paseo por una acera bordeada

de árboles y cuando hace buen tiempo se paran un rato a jugar en el tobogán del parque cercano. Sólo hay que cruzar dos calles y una plaza con una rotonda para ir a su casa. Oscar ya sabe cómo tiene que hacer: parar, mirar a los dos lados, si vienen coches hay que esperar a que paren y sólo entonces se puede cruzar por el *paso de cebra*, que está un poco elevado a la altura de la acera para que los coches frenen. Como dice la abuela: *eso está muy bien porque cerca de un colegio los conductores tienen que ir más lentos, se llama la Zona 30*. Un poco más abajo hay un semáforo con pulsador, es lo que más le divierte a Oscar, apoyar en el botón y esperar a que el hombrecito se ponga en verde para poder cruzar. Hay compañeros de Oscar en cambio, que van a la escuela en el bus escolar y es una pena porque ellos no saben cómo hay que hacer para cruzar las calles. Por eso, vino la Policía a su clase para explicarles las señales y decirles cómo comportarse en la calle, ¡qué divertido!, Oscar ya se lo sabía todo, porque cuando va en el coche con su papá juega a adivinar el significado de las señales, *jo, que complicada es la ciudad, papá, a mi me gustaría poder jugar en la calle como tú cuando eras pequeño*. Los domingos va con su papá en bicicleta por el carril bici, la suya todavía tiene cuatro ruedas pero su padre le ha dicho que pronto las va a poder quitar, porque ya tiene mucha fuerza en las piernas y sabe frenar. Ahora sí que se pone el casco, porque recuerda muy bien que un día tropezó y se cayó. Tuvieron que llevarle al hospital para coserle una brecha que se hizo en la frente, ¡cómo duele!, entendió en ese momento por qué su abuela le decía que sólo tenía una cabeza. Ahora tiene una cicatriz que también se lo recuerda.

Oscar tiene a veces problemas de salud, catarros y un poco de asma y su abuela le dice que es debido a la contaminación, *el humo que sale de los coches es muy malo, todos deberíamos andar más y usar el transporte público, la ciudad debe ser para que la disfrute el peatón*, dice muy convencida, pero Oscar prefiere ir en coche, se cansa menos y así puede dormir en su sillita, bien sujeto con el cinturón de seguridad. Sabe que el cinturón es como un salvavidas, también se lo contó su abuela: *si frena el coche de repente tu cuerpo puede pesar tanto como un elefante... y te puedes hacer mucho daño*. También su papá le ha dicho que en ese caso hay un enorme balón blanco que te protege del golpe y se llama *air bag*.

El día de su cumpleaños su abuela le regaló una mochila con reflectantes; dice que de noche sirven para que le vean mejor *porque brillan con la luz de los coches*. Pero él ya sabe lo que es, también los tiene en sus zapatillas y en su anorak. Así que el primer día de vacaciones, la abuela y Oscar estrenaron la mochila y se fueron de excursión a la playa hasta el *Río do mar*, donde tantas veces su padre había ido a jugar con los amigos cuando era pequeño. Se

subieron al coche de línea, ¡cuánto tarda!, y en una hora llegaron cerca de la calle donde había vivido el padre de Oscar. ¡Cómo cambió!, pensó la abuela. Ya no existía la “calle-campo de fútbol”, ahora era una plaza bordeada por casas muy altas y con mucho tráfico, donde antes estaban los árboles aparcan los coches y el ambiente esta lleno de ruido.

.-Venga, vámonos y con mucha prudencia, le dijo la abuela a Oscar, *que aquí hay muchos peligros*”, mientras le cogía de la mano.

-¿Por qué siempre me dices, cuidado no corras, párate, mira por los lados, espera que paren los coches...? le preguntó Oscar preocupado. ¿Qué quiere decir “ir con prudencia”? Jo, es una lata yo quiero ser como los pájaros que hacen lo que les da la gana, que no tienen carreteras ni aceras y van por donde quieren. Déjame ir solo, como papá cuando era pequeño.

La abuela lo sujetó fuerte, y entonces muy seria le contó el por qué:

- No quiero que te pase lo que le paso a tu tío Juan, el hermano mayor de tu padre. Cuando era un poco más mayor que tú se fue de excursión a la playa el sólo, porque le gustaba mucho ir a mirar el vuelo de las gaviotas. Iba con sus prismáticos, las observaba, las contaba y pasaba horas sentado en la duna observando su vuelo. Se sentía libre como ellas y era feliz. Un día se fue a observar el nido de un Alcaraván, un pájaro muy raro que había que proteger y que vivía en las hierbas, cerca de la laguna, había descubierto que tenía un huevo y quería ver si por fin había nacido “su niño”, como el decía. Pero ese día no volvió a casa y su sonrisa se perdió para siempre. El conductor de un coche que iba muy de prisa lo atropelló cuando iba andando por el borde de la carretera, de vuelta a casa.

Oscar entendió ahora, por qué a veces los ojos de la abuela brillaban muy tristes. Le apretó la mano y siguieron caminando en silencio. Pasaron el día viendo volar a los pájaros, mirando las garzas pescar en la laguna, corriendo por la arena como los chorlitejos e incluso vieron saltar a unos delfines a lo lejos. Al anochecer brillaban sus reflectantes iluminados por el último rayo de sol y cuando cansados pero llenos de aventuras regresaban a la ciudad, Oscar le cogió la mano a su abuela y le dijo:

-Ahora ya sé lo que quiere decir prudencia, que no somos libres como los pájaros, que tenemos que respetar unas normas al circular y pensar siempre bien lo que hacemos. Te prometo que siempre voy a tener mucho cuidado porque yo también echo mucho de menos a mi tío Juan.

Entonces la abuela de Oscar sonrió de nuevo y cómplice se fueron los dos, camino de su casa con mucha prudencia.

JEANNE PICARD MAHAUT. A CORUÑA 2008